

PALABRAS DEL HISTORIADOR SERGIO VILLALOBOS R.,
AL AGRADECER LA DESIGNACIÓN COMO PROFESOR EMÉRITO
DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

Señor Decano y señor Director. Amigos:

En este ya largo camino de la vida me detengo un instante y miro hacia el pasado.

El tiempo ha transcurrido no como un concepto abstracto e inasible, sino como un sendero lleno de labores y obsesiones, orientadas por los mitos y los dioses tutelares, en busca de los frutos deseables. Es el mismo sentido, hermoso y dignificante, de *Los trabajos y los días* del antiguo poeta griego.

En todo recuerdo hay mucho de nostalgia y un poco de egolatría. No pretendo eximirme de esas virtudes.

Mi interés por la historia del país se inició cuando era estudiante en el Instituto Nacional y luego en el colegio San Pedro Nolasco, establecimiento donde notables profesores, como Washington Clavería, Benicio Troncoso y Tucapel Ahumada, estimulaban con su profundo conocimiento de la historia, su cultura y su don de caballeros.

No sé en qué momento ni por qué causa, fuera de los estudios, comencé a leer viejas historias, que cada vez me atrajeron de manera más intensa. Al salir del Instituto por el viejo portón de San Diego, corría a las librerías de viejo, cuyos estantes repletos de obras de todos los formatos, empastadas o descabaladas, con ese olor de tierra añeja que me ha acompañado desde entonces, ofrecían títulos maravillosos y a precios ínfimos. Allí gastaba mi pequeño tesoro semanal, sin saber que me hacía de tesoros bibliográficos, ahora cuidados con avaricia en los rincones oscuros de mi biblioteca.

Ingresé a estudiar Historia en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile en 1950, cuando aquella institución era el centro más elevado de la cultura humanística en el país. Grandes maestros, atracción del saber e ilusiones, formaban parte de un estímulo de vida que satisfacía todas nuestras ambiciones. Tuve la fortuna que desde el primer instante un maestro de fuerte gravitación, don Guillermo Feliú Cruz, situado bajo la égida de Barros Arana y discípulo de Medina, guiase mis primeros pasos vacilantes.

En ese ambiente creador, al recibir mi título, ya tenía publicados cuatro libritos, que el tiempo, acaso con justicia, tiene ocultos en los anaqueles. El año pasado se cumplieron cincuenta años de mi primera publicación.

La tesis para obtener mi título de Profesor de Estado en las asignaturas de Historia, Geografía y Educación Cívica, *Tradición y reforma en 1810*, mereció el honor de ser publicada. Ella representó una satisfacción por el esfuerzo y el cuidado que me había empeñado y porque me abrió las puertas de la historiografía nacional.

Terminados los estudios, uno a uno subí todos los escalones de la carrera universitaria y al mismo tiempo publiqué obras que modificaron aspectos fundamentales de nuestra historia, y que han resistido el estrago del tiempo. Una

de ellas, *El comercio y la crisis colonial*, fue reeditada en 1990, sin haber tenido que cambiarle ni una coma.

En 1970 se produce un cambio significativo en mi carrera. Aquel año, en un clima de muchos presagios, fui acogido en la Pontificia Universidad Católica de Chile por decisión de su Rectoría, y no obstante que el procedimiento no era del todo regular, fui recibido con benevolencia, y aun entusiasmo, por los profesores del Instituto de Historia, que eran y siguen siendo amigos muy apreciados.

Han transcurrido más de treinta años desde entonces, sin otra interrupción que una nubecilla ligera. No obstante que durante muchos años fui identificado con la Universidad de Chile por formación y espíritu, el balance indica que el mayor tiempo de mi vida académica ha transcurrido en esta universidad, y corresponde a una etapa de plena madurez y llena de realizaciones en la docencia, la investigación y otras tareas. También ha sido el tiempo de las distinciones y los honores, que me han llegado sin buscarlos.

Tres de mis libros han sido publicados por la Universidad: *La economía de un desierto*, *Relaciones fronterizas en la Araucanía*, editado en conjunto con otros autores, y *Los pehuenches en la vida fronteriza*. Los dos últimos plantearon la tesis de que la Guerra de Arauco propiamente tal llegó sólo hasta mediados del siglo XVII, para ceder paso a un sistema de relaciones pacíficas gracias al comercio, el mestizaje, la transculturación y el entendimiento. Ese punto de vista, basado en hechos irredargüibles, abrió cauce a más de una decena de libros de diversos autores y a muchos artículos científicos, que han coincidido con el planteamiento, lo han extendido y, en algunos casos, han prescindido de él sin dar razón alguna.

Nuestro punto de vista lo hemos ampliado y reafirmado en dos obras elaboradas durante nuestra permanencia en la Universidad, aunque no fueron publicadas por ella: *Vida fronteriza en la Araucanía e Historia del pueblo chileno*, tomos III y IV.

Deseo mencionar en forma especial *Portales. Una falsificación histórica*, libro escrito en tiempos tormentosos, pero que no nos significó ninguna forma de persecución ni de presión, fuera ni dentro de la Universidad.

Tratándose de una obra profundamente polémica, que deja en mal pie a una figura totémica de la nación chilena, generó protestas en los periódicos, con observaciones pueriles; pero los planteamientos básicos no han sido refutados por nadie.

Recientemente, otra obra de batalla —y creo que la metáfora es más que un tropo literario— ha venido a animar la discusión historiográfica. Nos referimos a *Chile y Perú. La historia que nos une y nos separa*.

Bajo el concepto de que desde la Conquista al presente la historia de los dos países ha estado estrechamente concatenada en lo bueno y en lo malo, nos propusimos, con el mejor ánimo de objetividad, referir y analizar los altibajos de esa relación. Lo hicimos con una visión moderna de lo que son los lazos entre naciones, lo material y lo anímico, la psicología de la guerra, los mitos y las frustraciones; la arrogancia, el resentimiento y la demagogia política, que juegan bajo el manto de la pugna económica y los vericuetos que nunca abandona al estudioso del pasado.

No puedo dejar de mirar en retrospectiva la *Historia del pueblo chileno*, ya mencionada, que se originó, investigó y redactó durante buena parte de mis años en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Esa obra formó parte de una gran ilusión a la sombra de las más notables historias del país, cuyo ejemplo señero se presentaba como un mandato. Pero una nueva obra general debía ser moldeada dentro de la visión moderna de la historia, abarcando teorías, métodos, toda clase de materias y pidiendo préstamos onerosos a las humanidades y las ciencias sociales. El concepto del relato desaparecía frente a la necesidad de analizar temáticamente la economía, la sociedad, la cultura y la política. La fluidez natural del tiempo debió ser truncada para comprender el mediano plazo, que, a nuestro juicio, es el verdadero portador del cambio histórico. Se reducía la importancia del acontecimiento y la del largo plazo, y también el papel del personaje como impulsor de la historia. Más que el relato abrumador de detalles, se ponía el énfasis en la interpretación de los grandes fenómenos.

Esa concepción recogía las tendencias en boga, surgidas principalmente en Francia, y modificadas en sus aristas más duras por el punto de vista personal, una modalidad de enfoques sin pretensiones de mucha originalidad teórica.

No fue fácil encontrar un nombre para nuestro planteamiento y después de unas cuantas vueltas concluimos por definirlo como "historia de los grandes procesos".

Cuatro tomos se han publicado de la *Historia del pueblo chileno* y ellos serán los únicos, porque el éxito no los ha acompañado y es inútil insistir en el esfuerzo. Confesamos que una niebla de desengaño nos acompaña al recordar este hecho.

Deseo recordar, por último, entre muchas otras publicaciones menores, dos que fueron escritas en estado de exaltación y que hasta ahora llevo en el corazón: *Para una meditación de la Conquista y Origen y ascenso de la burguesía chilena*.

En todo este quehacer y muchas otras cosas tuve siempre el apoyo decidido y sin cortapisas de la Universidad. Siempre he tenido una carga docente liviana y de esa manera se facilitó mi dedicación a la investigación. En tiempo de nublones y vientos airados, mi actividad universitaria no fue perturbada, pese a que mi pensamiento libertario, en no pocas ocasiones, fue expuesto públicamente en forma tajante.

El apoyo de una universidad se compone de mil cosas. Ahí está la voluntad de las autoridades, la amistad de los colegas y ese diálogo que incluye las cuestiones de fondo de la historia, el intercambio de opiniones y datos, el simple gesto de aprobación o de duda, y hasta la sonrisa delatora de un desacuerdo. Recordar por sus nombres a los compañeros de tareas sería muy largo; pero en todo caso debo mencionar a Julio Retamal Favereau, que me acompaña en el trance de esta ceremonia. Nos conocimos en el Instituto Pedagógico, en la tenaz relación del ayudante y del alumno, para llegar a ser, luego, amigos muy sinceros. Hemos andado por caminos diferentes en las ideas y las ideologías. Además, él escogió la ruta larga y difícil de la historia universal, mientras yo me he quedado en las callejuelas de la aldea.

Los discípulos que he tenido, hoy profesionales de gran prestancia intelectual e investigadores de fuerte autonomía, han sido parte de nuestra existencia, que nos han dado la posibilidad irrefrenable de entregar conocimientos y orientaciones y que, en el ir y venir de los temas históricos, nos han inducido a nuevas reflexiones. Ellos se apartan inevitablemente y sentimos que algo nuestro se aleja, pero egoístamente pensamos que sus realizaciones y éxitos también son nuestros.

Es preciso, también, incluir a los estudiantes, esas caras atentas, deseosas de aprender y que forman parte de un diálogo, sostenido a veces por la inquietud de sus preguntas, y otras por el silencio de su fisonomía, que nos revela si hemos sido comprendidos, si el discurso se ha hecho monótono o si hemos sido convincentes. Esos rostros son brújulas y barómetros que guían nuestro discutir en la sala. Constituyen el diálogo silencioso.

No hay duda de que el estudiante acepta el rigor y la exigencia, y que reconoce la justicia a pesar de los sinsabores. El agradecimiento y el elogio están de la mano cada vez que los encontramos en algún recodo de la vida, cuando ya tenemos caras sin nombres y nombres sin caras. Entonces viene el recuerdo y nos mencionan tal o cual episodio, generalmente pintoresco, que ya habíamos olvidado, o una frase lanzada en clases que no ha desaparecido de sus mentes.

Sería arriesgado calcular cuántos miles de estudiantes han debido sufrir nuestras clases. Pero es mucho más fácil considerar que al pasar lista una vez más, ella incluiría a ministros de Estado, parlamentarios, rectores de universidades, un agraciado con el Premio Nacional de Historia y muchas decenas de profesores universitarios.

Todos los avatares que he señalado me han llevado a pensar constantemente que el quehacer universitario, más que un trabajo, es una forma de vida en que se han recibido y compartido bienes de toda índole. Ya lo sugirió con palabras muy sencillas el rey sabio don Alfonso: "La universidad es el lugar donde viven maestros y estudiantes".

Mientras la carrera universitaria ha marcado tan claramente mis pasos, la otra existencia, la personal, ha transcurrido segura y dichosa, por todas las circunstancias que la han rodeado. Ha sido una vida generosa, a la cual no habría podido pedir nada más, desde que en la adolescencia forjé, en duro hierro, mis ilusiones y proyectos.

La vida corriente del hogar ha sido un deslizarse apacible de los años, con el apoyo invaluable de mi esposa, en los asuntos grandes y pequeños, con entusiasmo y actividad desbordantes, y la compañía recta y bondadosa de mis hijos. También tengo que reconocer la cercanía inteligente y amable de tantas personas amigas que nos han rodeado desde hace tanto tiempo, y han sido un estímulo en el pensar y el vivir momentos despreocupados.

Señor Decano y señor Director, al terminar estas palabras, agradezco a la Universidad el reconocimiento que me ha otorgado y a usted, señor Director, la iniciativa que lo ha hecho posible.

Sergio Villalobos R.